



---

## Escritores en la música erudita de Guatemala

---

ENRIQUE ANLEU-DÍAZ



### Introducción Tres Casos:

**Celeste Aída Palacios Castañeda,  
Joaquín Orellana y Julio Flores**

El tema de artistas que han sobresalido en la música erudita de Guatemala y que han cultivado con profesionalismo y talento las letras suman varios casos, José Castañeda (Polaridades del Ritmo y del Sonido), José Sácnz Poggio (Historia de la Música Guatemalteca hasta la Época Liberal), Joaquín Orellana (El Violín Danzante de Huis Armadel), Julio Flores "Julio Floresache" (Tocar el Cielo), Rafael Vásquez (Historia de la Música Guatemalteca), Ricardo del Carmen Asencio (Siete Miniaturas), Ricardo del Carmen Fortuny (Breve Reseña Histórica del Violoncello), Celeste Palacios Castañeda (Retrospectiva), Juan de Dios Montenegro (La Máscara), Eduardo Ortiz Lara (Retazos Memorables de mi Vida),

Dieter Lennhoff (Espada y Pentagrama), Igor de Gandarias (Música Tradicional en la Música Sinfónica – Dos Casos) además de investigaciones sobre autores de la composición contemporánea guatemalteca, de mi producción (tres publicaciones de la Historia de la Música en Guatemala, Editorial Universidad de San Carlos de Guatemala, Tipografía Nacional y Artemis-Edinter, Cuadros de Otras Costumbres Guatemaltecas, publicaciones sobre arte plástico y musical del CEFOL-USAC).

Para el presente trabajo he seleccionado a tres figuras, las cuales con honda sensibilidad y manejo de la palabra y las letras han producido obra literaria dentro de su profesión musical. La intención de este ensayo es dar a conocer al público de las letras, de la música y lectores en general, los logros literarios de los mencionados para que para que aquellos sean los mejores estimadores de su producción.

No pretendo realizar un análisis sobre la creación literaria de cada uno de ellos, problema bastante difícil. No podemos encerrar la creación en un esquema limitado, tanto tienen ellos de lo mágico, trágico, irónico, grosero, sutil y tierno, que en todos podríamos hallar, si nos lo propusiéramos, de los tales. Hay sí, ciertos rasgos, que sin irnos a campos de análisis de laboratorio, podemos señalarlos, elementos mágicos surrealistas para estar en un contexto con matices de ironía en un "lenguaje musical", un tanto sarcástico en Orellana y Floresache, pero que no por ello dejan de tener su parte reflexiva, dolorosa y crítica de la sociedad guatemalteca "cel' vie".

En el caso de Celeste Palacios, pianista graduada, estudiante de violoncello y profesional como Licenciada en Informática y Administración de Negocios, innato en ella el amor hacia las letras, le ha hecho producir preciosas páginas en muchos trabajos, las cuales han estado en el anonimato por diversas razones. En ella la amargura de sus relatos conmueven hasta las lágrimas, anonadan al lector con una 'simpleza profunda' llevándolo a meditar sobre el transcurrir de la vida ante el dolor supremo en su pluma; es una reflexión amorosa, dolorosa que desgarrar al lector; ha colaborado en traducciones en muchos documentos que se han publicado en el CEFOL. Julio Floresache es Licenciado en Música por la Universidad de San Carlos de Guatemala, violoncellista y miembro de un grupo coral, ha colaborado con ensayos que han aparecido en publicaciones del CEFOL también, profesor en la Universidad del Valle y en las escuelas normales de educación musical. Joaquín Orellana, conocido compositor, investigador, creador, violinista ex-miembro de la Orquesta Sinfónica Nacional, conferencista, es una singular figura de la composición guatemalteca. Referirse a él deja muy corto todo lo que se escriba sobre su persona. Sus comparaciones homo-musicales, su trocar de nombre-objetos parecen estar en el límite de una delirante literatura musical, con una magia surrealista, valga hacer una referencia con *El Hombre que parecía un Caballo* de Rafael Arévalo Martínez en sus comparaciones homo-animalísticas, solo que en el caso de Orellana con elementos músico-homínidos en ambientes mágico-realistas de ironías un tanto fatalistas. De estos artistas presento

tres fragmentos de su creación literaria como un homenaje a su talento y aporte a las letras del país.

### Un día de mayo de 1978 Monólogo

Celeste Palacios Castañeda

Ya va a salir el sol. ¡No quisiera que amaneciera! Porque cuando salga se lo van a llevar. ¡Mi viejo, mi viejito! Se irá para siempre de la casa que construyó con sus manos. Ahora yace en medio de la sala que albergó tantas risas y alegría. El luto la cubrió con su manto implacable. Está tan perpleja como nosotros. El dolor me constriñe el pecho. Casi no puedo respirar. ¡Pero si de verdad está muerto! ¡Ay, Dios! ¿Cómo voy a poder vivir sin él? ¿Cómo pudieron cegar su vida así como así? Si tan solo yo hubiera salido a entrar el carro. Habría sido yo. ¿Por qué le di las llaves? Pero, entonces habríamos sido dos. Y pensar que no tuve el valor de decirle... ¡Pero él sabía! Sí, el sabía lo que se estaba gestando en mí y estaba aguardando a que yo se lo dijera... ¡No me quiso avergonzar! ¡Ay papi, por qué se fue? No puedo creerlo. ¡Pero si de verdad está muerto!

René llora a gritos, está desconsolado. "¡Mi galeno! ¡No es posible! ¡Se nos fue el galeno! ¡No puede ser!" Su lamento rompe el silencio de la noche. Yo tiemblo. Tengo frío. No sabía que lo quisiera tanto. Tan solo era su suegro. ¿A qué hora voy a despertar de esta pesadilla? Hay cuatro cirios a su lado, centuriones velando que no se vaya. ¡Él es mío, no es suyo, cirios! Tal vez no va a tener muchas flores. Todas se acabaron de seguro por el día de la madre. ¡Ay, no! ¡Qué dolor tan espantoso! La alergia que me ocasiona el llanto, no me deja ver. Todo está nublado. Ya está

amaneciendo... ¡Se lo van a llevar! A duras penas voy manejando para llevar a Enrique a su casa. La señora de la calle sale silbando y barre. El repartidor de periódicos ya hizo su labor. Todo sigue igual, los buses echan humo, la gente se apresura a sus trabajos. ¿Cómo es posible que no se den cuenta de la tragedia que nos está cruzando? ¿Cómo puede brillar aún el sol y cómo puede seguir soplando el aire? ¡Ay, pero si de verdad está muerto! No pudimos cumplirle su último deseo. No quería ser velado fuera de la casa, pero la gente no va a caber. Ayer estábamos desayunando a esta hora. No. No es posible, es un sueño. ¡Quiero despertar! Mi pobre mamá está inconsolable. ¿A quién puedo acudir? Ella está peor que yo. El amor de su vida, su compañero, su amante, su amigo, su médico, su todo, se le fue. ¡Cómo va a ser de inmensa su cama ahora! Chusy me está acariciando el vientre. ¡Ella sabe! "Celen, yo sé. m'hija. No te lo guardés, llorá, desahogate, podés confiar en mí." Y me derrumbo. Lloro copiosamente y ella me abraza con tanta ternura. ¿De dónde salen tantas flores? ¡Después de todo no se negaron a venir! Gilda, mi negrita. Su silencio intensifica su mirada compasiva y amorosa. "Nena, cuánto lo siento" su mano acaricia mimejilla. El maestro Guayo. "Patoja, qué lo siento. Ahora tenés que ser fuerte y ayudar a tu mamá" ¡Ay, pero si de verdad está muerto! Estallo en llanto otra vez. ¿Habrá más lágrimas que derramar después de esto? La gente se ve consternada. No escucho gente riéndose, ni contando chistes. Lo están llorando. Mi mamá está de pie. Me admira su fortaleza. Estoica, frente al cadáver de mi papito. Está vacilando, me parece que la sentí quebrantarse. "Llore mami, no se

contenga, está bien llorar." Mi papá está dormido. Ajeno al dolor tan intenso que nos deja su partida. ¿Sabría cuánto lo amamos? ¡¿Por qué tenía que ofrecer resistencia ante esos desgraciados?! El carro lo habríamos recuperado pero, ¿y a él? ¿quién me lo devolverá? Ahora me conducen. Ya no me dieron el carro. Es que no puedo ver. El sol brilla pero todo son colores y formas difusas. ¿Llegamos? ¿Tan rápido? ¡Ay no! Nunca más lo voy a volver a ver. ¡No es posible! Palabras de consuelo del Padre Accomazzi, palabras de consuelo de don Emiliano, el Pastor. La Vida eterna. Estamos de paso. Él nos promete resucitarnos si morimos en Él. Sus palabras son bálsamo. Pero yo me quiero morir ahorita. Ya no quiero sentir este dolor tan espantoso. "¡Celen, vas a matar a mi mamá!" Es Susy. Intento respirar, pero no quiero. Me siento muy bien así. Alguien me dice Escoge, te vienes o te quedas. Decide. Me quiero ir. Me siento muy bien. "Seca", ya no solo es usted, ¡recuérdese! Georgina. Intento respirar, pero no puedo. Tengo un bloque invisible y pesado encima del pecho. No puedo. Por fin, después de un esfuerzo sobrehumano un hálito de aire entra a mis pulmones y regreso. A lo lejos escucho "shic-shac, plash, coshecoshe" El sepulturero, orgulloso, mira su trabajo. "Me está quedando rectecito, rectecito". El maestro Sarmientos nos lleva a Enrique y a mí a San Juan Sacatepéquez, a un campo lleno de flores. "Corte las que quiera, mi reina. Lléveselas a su papaíto". El día está agotándose, escojo las flores más lindas. Todo sigue igual, los pájaros buscan los árboles para anidar, el sol está sucumbiendo tras la montaña. Yo llego a mi casa. Los perros y los gatos me miran interrogantes. Ellos saben que algo pasó.

Ya no volverán a escuchar el bishito-bishito para darles su comida, ni el quieto mi amigo, aquí viene lo suyo. Ellos también morirán. Ya anocheció. Mi mirada se pierde en el horizonte cuajado de estrellas. Solo acierto a musitar: "Te amo, papito. Buenas noches."

**Mejor en un Cuento**  
Julio Floresache  
a Ethel Batres

He vivido con Karen los últimos veintiocho años. No me puedo quejar de haber llevado una mala vida, o de lo que típicamente se quejan todos cuando uno les deja contar su existencia, que la rutina o que la costumbre les ha matado la vida, mientras van por el mundo llevando la cruz de compartir con alguien la miseria del día a día. Y Karen es hermosa, dulce y, además, inteligente.

Sé que Karen me admira, porque alguna vez le he leído cuentos y aunque ella no alcanza a comprender que hay una relación directa entre el arte de contar con el arte de inventar, ella me ha llegado a considerar como un ilustrado. Así que los que yo le he leído han sido casi siempre los cuentos que a mí me ilustran para inventar mis propios cuentos. Y así me ha dado por creer yo mismo que inventar tiene alguna ventaja sobre el mundo real, al punto que, han habido ocasiones en que mi vida ha sido mejor en los cuentos que en la realidad. Casi siempre eludo usar mi personalidad a la hora de contar, y, sin embargo, hay en los personajes mucho de mí y de mi forma de pensar, y siempre Karen me lo hace ver porque creo que ella es muy suspicaz.

El problema, - si es que acaso esto es un problema -, ha surgido cuando me pongo a compararme con la vida real de otros escritores que han viajado mucho, que dan conferencias, que viven solos, que ya han cambiado de pareja en varias ocasiones, que después de varios intentos por estar acompañados han preferido de nuevo quedarse solos.

Entonces, invento que Karen no está, sólo para probar si esto ayuda a ser un escritor famoso. El otro día, hasta inventé que tenía amoríos con una rubia y con una morena, y solo descubrí que Karen no es ni rubia ni morena, sino trigueña, y que para ser escritor famoso hay que ser amigo de escritores famosos.

Lo malo fue que entonces conocí a Marcela, la rubia, y a Rosario, la morena, y anduve con ellas el tiempo suficiente como para que Karen quisiera deshacerse de mí. Entonces, estuve a punto de quedarme sin Marcela, sin Rosario y sin Karen, y casi llegué a quedarme solo, hasta que leí a un escritor famoso y Cien años de Soledad me parecieron imposibles de soportar.

Para trabajar en mis cuentos, he acondicionado un salón de mi casa donde nadie interrumpe, excepto si Karen quiere que le cuente uno. Allí le doy rienda suelta a esa imaginación que me tortura, como queriendo decir que mejor es un día en los cuentos que mil fuera de ellos, como si el fin del mundo se presenta cuando pongo el punto final de cada uno.

Ahora, cada vez que se me ocurre un cuento, prefiero que mis personajes no sean tan reales, y encerrarme a altas horas

de la noche mientras Karen duerme, así estoy seguro de que no voy a quedarme solo por mucho tiempo, aunque los personajes casi siempre, están empuja que empuja por salir corriendo a vivir sus propias vidas.

Guatemala, mayo de 2088  
(De "Tocar el Cielo", Dieciocho breves relatos para no encender la computadora)

### **El Violin Danzante de Huis Armadel** Joaquín Orellana

En nuestra aldea, el violín había ido cobrando categoría de fetiche sagrado; no con la misma imagen desarrollada en su lugar de origen ( el viejo mundo), pero sí con la virtud mágica del objeto sonoro llegado de extrañas tierras, enseñoreado en el pensamiento de los músicos, y adherido al candor de sus pasiones musicales.

Se recordaba la foto de un anuncio que publicitaba un perfume hechicero: aparecían un violinista y una dama que lo acompañaba al piano, los dos vestidos a la usanza del siglo pasado, y compartiendo un beso furtivo- Él sostenía el violín con una mano, y con la otra la elevaba a ella por la cintura; así, semi-incorporada , rozaba apenas con sus dedos las teclas del piano, abandonada al beso intempestivo en medio del ensayo: sortilegio del perfume y la fuerza hechicera del violín.

Las figuras de los célebres tocadores legendarios, llegaban en fotos de periódicos, programas y revistas desde Berlín, desde Londres, desde Nueva York: la elegante gestualidad del paso del arco. La imagen prestigiosa del todo cruz de arco y violín y quiebre armónico de los brazos, la grave o petulante postura de los

santos intérpretes, famosos en sus carteles envidiables.

En la pequeña provincia, algunos jefezuelos, violinistas de instinto, talentosos e intuitivos, lograron una posición cimera, una parcial salvación y una pequeña dictadura local que cerraba el paso, abrumaba y enardecía a los pobres- medianos-aspirantes a pulsar el alma del Dios Violín, al que se acercaban temerosos pero decididos, más fascinados por el violín santificado que por el instrumento real, y más que con talento, con la visualización de una autoimagen irreal de grandeza, con menos proyección objetiva que sueños y poesía. Así fueron gestándose los abandonados del "Dios cruel" que merodeaban por el Conservatorio con los signos de su resentimiento: vacilantes a veces, con la expresión perdida del enajenado, o, apresurados espionando furtivamente y con recelo el edificio. Sus frustraciones y amarguras se suavizaban sin embargo con el lenitivo de un sueño perenne: volver alguna vez, cruzar de nuevo el umbral del templo; sueño que alimentaba su pasión de estar rodeando el edificio, contemplándolo, vigilándolo de lejos, acechando una ocasión propicia; pero al mismo tiempo odiándolo, detestándolo con todas sus fuerzas, como atraídos por lo amado y temible...

El legendario instrumento, con su aureola de fantásticas historias sucesos musicales increíbles, con la fascinación ejercida por sus potenciales expresivos, con su interminable séquito de respetables y casi mitológicos tocadores, - excelsos dotados de mágicos dones, que junto a la imagen

codiciada y suprema de Nicolas Paganini y sus abruptas obras y portentosas hazañas -, habría de erigirse en ídolo y en objeto inabordable y misterioso cuyo eventual dominio valdría al descubridor de sus secretos, una presentida salvación, la ruda conquista de un ascenso espiritual.

Existía la corte de adoradores que lo escuchaban sin darse tregua, el desfile de compositores que escribían para él como efectuando la requerida o espontánea genuflexión, y la abrumadora pléyade reptando ansiosa, los asombrados y estupefactos ante la inalcanzable cima, batallando resueltos y vencidos, azuzados por el constante reto.

Así, el sublimizado, poetizado y enajenante instrumento ramifica su divinidad por todos los ámbitos, y desde su lejano viejo mundo nos llega con su señorío musical e indiscutible abolengo, y su representación sagrada de un añejo acuñamiento de la música...

Por calles cercanas al Conservatorio, Deorbén Súbelnik caminaba lento. Se detuvo cuando me paré junto a él, pero dejó escapar una molesta actitud de atrapado. Le hablé con la soltura de quien nada supiera de su perturbación: “¿Hola, Deorbén, qué tal va el violín?”, “ah, yo, ahora no estoy estudiando. Mi violín se cayó a un barranco muy hondo, no voy a poder sacarlo...”

...En la imagen de Súbelnik que se alejaba, fue colocándose la de un recuerdo en que aparecía Ariel Urdellanos, violinista de aproximados sesenta años, sentado en una de las bancas de la plazuela de Santa

Catarina, a unos cuarenta metros del Conservatorio. En actitud como de agazapado, miraba con visión sesgada hacia el edificio, parecía un sonrosado primate merodeando... **“El violín lo que necesita es corazón, ¿usted qué me va a decir a mí?, yo estudié un poco, ¿sabe?, y conocí al... desde... ¡no necesito consejos de nadie!...”** Lo vi en otro recuerdo descargando un violinazo dirigido a un inmediato superior, que sin dar en el blanco explotó contra una silla con la imagen sonora de un fuego artificial que lanzara serpentinas de cuerdas, astillas y claqueo de clavijas; a tal recuerdo se empalmaba otro más en que tocaba su despedida para toda la orquesta cuando fue destituido, demostrando **“cómo se toca con sentimiento” la MEDITACIÓN de Massenet**, con melífluas efusiones y fáciles caídas, resbalando en patetismo cursilón. Tocaba sin embargo con gallardía en la actitud, y un dejo de soberbia de sus ademanes parecía decir **“y a esto han destituido?”**, en medio de aquel helado contexto de burla contenida: confusión de sadismo y remordimiento cuando emite su canto el non nato apesarado, y hay como un payaso que se desangra, un ingenuo que desnuda su pena en el más despiadado silencio...

Fijos en el cielo inexistente los ojos verdosos de Bomardo Herbera parecían ir remolcando despacio, ascendiendo, llevándose. Pasa como desbrozando calles, casas y genes. Alto y delgado, con la barba bien oscura de ese entonces, va caminando erguido con paso parejo, casi marcial, viendo siempre al horizonte. Lleva su violín colgándole en la espalda, de sus hombros cuelgan diversas baratijas que se entrechocan y sobre su estómago va rebotando una taza de peltre.

Rechazado también del “Dios cruel”, criatura desorientada, mala marioneta, desviado experimento, Bomardo Herbera no acechaba desde lejos, iba directo al Conservatorio y se sentaba a veces a descansar en las gradas de la puerta principal. Casi todos recordaban el auto puñetazo feroz. Sí, había sido frente a un espejo. Estaba quitándose las vendas que le cubrían la nariz para comprobar el resultado de una operación plástica que habría de corregírsela, cuando se escuchó

un aullido cortante y luego un golpe seco, como el de un mazo que ablanda carne, y después otro aullido más estridente y destemplado, mucho más largo y horrísono que el anterior, y otro golpe, éste sin duda con la mano abierta y sobre sangre, porque sonó como un aplauso acuoso, como una palmada sobre el agua. Fue maniatado rápidamente para auxiliarlo y a la vez que se alejaban arrastrándolo, se iba perdiendo – dejando un vaho de alivio – el ruido gorgoteante que chorreaba de su boca.



